

ACONTECIMIENTO

Trabajo y paro. Punto de vista ético

Antonio Calvo

Licenciado en Filosofía

Miembro del Instituto E. Mounier

1. El mundo en que vivimos

El mundo en que vivimos es un mundo muy dinámico. Desde la industrialización, apenas doscientos años, ha crecido la producción de una manera vertiginosa. El avance en las técnicas no le ha ido a la zaga. Las actuales tecnologías de la comunicación y de la información permiten un mundo cercano, ningún lugar de la Tierra está demasiado lejos y hoy es posible una vida con las necesidades elementales cubiertas para todos los hombres. La realidad está muy lejos de la posibilidad. Una nefasta orientación de la economía al servicio de poderosos sin escrúpulos, y el apoyo de políticas cómplices o doblegadas, nos permiten hablar de un desorden histórico y muy establecido, mundializado. No queremos repetir datos ya sabidos, pero no estará de más releer el Informe presentado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD) en 1992: el decenio que va de 1980-1990 se ha caracterizado, en el mundo entero, por el crecimiento de la desigualdad entre ricos y pobres, bien sean países o gentes. ¡Menos de 400 familias tienen casi la mitad de la riqueza total de la Tierra!

Las secuelas de esta situación son aterradoras: dos mil millones de seres humanos viven en la pobreza absoluta y otros mil millones más en el margen de la pobreza; mil trescientos millones carecen de agua pota-

ble; dos mil quinientos millones no disfrutan de servicios sanitarios básicos. Alrededor de 75 millones dejan su tierra y se convierten en refugiados, desplazados, emigrantes legales o ilegales, más de doscientos millones de niños esclavos según la OIT, etc.

En el primer mundo, la dualización ha situado en la exclusión y en la penuria a un 20% de la población; más de 18 millones de parados en la CEE y más de cincuenta millones de pobres, muchos más viven de un trabajo precario, en condiciones infrahumanas y mal pagado, la desmovilización social es un hecho y el miedo es un compañero cotidiano; las *clases medias* se están empobreciendo rápidamente, sin embargo, siguen defendiendo el orden establecido como si fuera el suyo, sin querer reconocer que, sobre todo, son esclavos de él, el pánico a perder las posibilidades que les ha ofrecido hasta ahora les atenaza, es una clase muy débil para la revolución y es mayoritaria en estos países. En definitiva, el abismo entre los más ricos y los más pobres va en aumento y se nos quiere convencer de que este es el mejor de los mundos posibles, fin de la historia. Debemos tener paciencia, la miseria de la mayor parte de los hombres es un dato provisional que se superará a medida que avance la libertad y el progreso que nos anuncian los que de verdad saben de economía. Los expertos de la humanidad. En los países pobres no es la calidad de vida lo que corre peligro: es la vida misma.

ACONTECIMIENTO

¿Por qué se ha organizado el mundo así?
¿qué idea del hombre predomina en el mundo para que se organice tan concienzudamente un desorden tan deshumanizador, tan homicida?

Se ha producido una rotura entre el trabajo y la vida. La economía, prevalente y autónoma, doblega a la política. Se nos enseña desde la escuela la cultura de la guerra, de la rivalidad. Las democracias asustadas y débiles no parecen capaces de la revolución necesaria. El acomodo es caro —un europeo cuesta 150 veces más que un africano pobre— pero efectivo. Esta pasta de base, unida a una costosa y perfecta planificación informativa que convierte en noticia sesgada e ideología lo que interesa a los señores de la guerra en sus distintas facetas, bélica, mercantil y financiera, política, informativa... etc, producen el *pensamiento único*, una mortífera empanada. Los que lo defienden son militantes y eficaces. Su dedicación apasionada tiene un buen apoyo en el inmenso caudal de recursos que los poderosos de esta tierra. dedican a conservar y ampliar sus intereses (ver artículo de Susan George en *Le Monde Diplomatique* de agosto de 1996). Banca, Transnacionales, Financieras, Instituciones internacionales y gobiernos cómplices han sabido tejer una tupida red de poder y de influencia sustentada por grandes y antiguas fortunas que tienen muy clara la importancia de crear un pensamiento a su servicio, un pensamiento único. Susan George nos recuerda al final de su artículo que, al creer que las ideas no tienen consecuencias, terminamos sufriendolas. Parece que seguimos tropezando en la misma piedra; Mounier, sesenta años antes decía: «estamos comprometidos, la abstención es ilusoria. La no intervención entre 1936 y 1939, engendró la guerra de Hitler, y quien no hace política hace pasivamente la política del poder establecido» (*El Personalismo*). Gran parte de los espacios televisivos, a los que dedicamos una media de tres horas diarias, están dedicados en sus horas de máxima audiencia a la diversión y a crear necesidades. Para los asuntos que verdaderamente importan no hay tiempo. Los que votamos una y otra vez a los que nos llevan al mata-

dero y encendemos la televisión para ver estos bodrios somos, sin duda, cómplices también de este desorden establecido.

En conclusión, se puede decir que en esta situación de economía mundializada y sin control democrático, en la que se está transfiriendo riqueza a quien ya es rico, en la que se privatizan sectores enteros de la economía y en la que la competitividad en nombre de la libertad y del progreso es la norma, sólo tienen libertad los poderosos y los ricos; la mayoría tiene la libertad de morirse de hambre, de doblegarse y consumir asustados y divertidos el menú que nos ofrecen o de recibir un bombazo técnicamente perfecto. En los países ricos se extiende la cultura de la subvención y de la rivalidad. Se admite el paro como inevitable y se calla que constituye un buen negocio para las empresas. Se ponen fronteras y se aumenta el control policial dentro y fuera de ellas; dentro, para preservar el orden; fuera, para que no nos molesten los pobres.

El diagnóstico, sin que nos parezca exagerado, es que estamos en un mundo en guerra. Un desorden muy establecido. Para nosotros, es evidente que es necesario recuperar la ética.

2. Recuperar la ética

Para nosotros, es indudable que la situación no tiene salida tal como está planteada. Si queremos hacer un mundo humano, no podemos dejar al hombre fuera de una ciencia tan importante como la economía.

- Recuperar la ética requiere tener en cuenta al hombre entero y a todos los hombres.
- Recuperar la ética significa cambiar el concepto de propiedad. Cuando hay personas con necesidades básicas sin cubrir es menester compartir incluso lo necesario.
- Recuperar la ética es crear una cultura de la paz, de la pacificación, a todos los niveles sociales: familia, escuela, movimientos sociales, consumo, empleo, ocio, relaciones

ACONTECIMIENTO

internacionales... es buscar una verdadera amistad entre los hombres.

- Recuperar la ética es crear una cultura del perdón. Crear una cultura del perdón es eliminar las deudas, dejar de ponerle precio a las vidas de los pobres. Perdonar es descubrir la gratuidad, la responsabilidad propia en el empobrecimiento de los hombres y optar por una vida de servicio. Es acoger sin condenar y no desesperar del otro.

- Recuperar la ética supone eliminar de la vida la competitividad, es decir, la guerra en todas sus formas, y transformarla en competencia, en trabajo bien hecho y riguroso, al servicio de un mundo humano. Es llenar la vida de la cultura del don, lo más propio del hombre; y de la colaboración. Es llenar la vida de alegría de la buena, la que nace de la obra bien hecha y del sentido humano. Es cuidar la naturaleza y el urbanismo. Se trata de hacer, en suma, un hogar para el hombre entero y para todos los hombres. Como decía Perroux, sólo es económico lo que sirve al desarrollo del hombre entero y de todos los hombres, no lo que los destruye.

- Recuperar la ética es establecer un diálogo verdaderamente humano, ése que se da entre iguales en dignidad; que considera la diferencia como una riqueza; que es asimétrico, es decir, que es ético, porque no espera la respuesta del otro para servir y porque tiene en cuenta la realidad histórica en la que vive; que es de profunda miseria humana. Sin ponerse a la altura del más débil, del pobre, no es posible un diálogo a la altura del hombre.

Un ser humano que rebaje u oprima a otro no está actuando de manera ética. Si habla de ética, no está hablando desde la misma idea de hombre.

3. Idea del hombre

Es menester afirmar, no para curarnos en salud, ni por pereza mental, que el hombre es una realidad misteriosa. El Cosmos es su ca-

sa y de materia cósmica está hecho. Por difícil que parezca aceptarlo, el Cosmos nos esperaba, tiene las constantes, fuerzas y leyes básicas y universales que tiene, como condición para que surgiera en él vida inteligente, un ser capaz de observarlas y conocerlas –Principio antrópico débil–. Hoy aceptamos, provisionalmente, que la edad del universo es de entre 15.000-18.000 millones de años. Ante lo que sabemos, y desde nuestra experiencia de hombre, para nosotros, no hay ninguna explicación más razonable que la Creación de todo lo que existe por un Dios Omnipotente, desde la nada.

Aceptamos que en el curso de la evolución ha habido varios momentos decisivos: a) la conversión de la energía originaria en la materia-energía de las primeras partículas elementales; b) la aparición de las estructuras vivientes; c) la emergencia de las estructuras personales.

El hombre es un ser cuya estructura es dinámica, inteligente, libre, afectiva, creadora y moral. Su condición es la de ser un trabajador: hacerse a sí mismo en todo lo que hace. Ni siquiera su libertad es un hecho. Es una posibilidad de hacerse libre.

Sus *dimensiones constitutivas* son: Individualidad, socialidad e historicidad.

Individualidad: lo que hace lo hace por sí mismo, posibilitado y limitado por su corporeidad. Es autónomo, se da sus propias leyes. Socialidad: es antes sus apellidos que su nombre. Para llegar a decir yo tiene que reconocer a un tú. El hombre nunca se da solo. Historicidad: la historia es una exigencia de su libertad y de su creación. La libertad del hombre, para poder reconocerse, exige un proyecto y una realización. El hombre sólo puede conocerse por las obras que realiza.

La acción libre del hombre se realiza como síntesis del conocer, del saber, del querer, y del esperar. En la acción libre se produce la conversión del ideal en real. La acción libre es el fruto del hombre, la manifestación de su verdadero ser, el que es fruto de su libertad. Con lo que elige hacer, el hombre va eligiendo su manera de ser persona, su carácter y su personalidad.

ACONTECIMIENTO

El hombre es una persona. La persona, decía Mounier, se funda en una serie de actos originales que no tienen equivalente en ninguna otra parte del universo: 1. *Salir de sí.* La persona es una existencia disponible para los otros; 2. *Comprender.* Dejar de colocarme en mi propio punto de vista para situarme en el punto de vista de otro; 3. *Tomar sobre sí.* Asumir el destino, la pena, la alegría, la tarea de los otros, «sentir dolor en el pecho»; 4. *Dar.* La fuerza viva del impulso personal es la generosidad o la gratuidad, es decir, en última instancia, el don sin medida y sin esperanza de devolución; 5. *Ser fiel.* La aventura de la persona es una aventura continua desde el nacimiento hasta la muerte. La fidelidad personal es una fidelidad creadora. (*El Personalismo*, 21).

El verdadero ambiente en el que crece la persona es el *diálogo*. El diálogo comienza por la escucha atenta, bien lo sabía nuestro sabio poeta y hombre bueno: «...para dialogar, primero, escuchar». Escucha de la palabra que le dice el mundo, el otro hombre, su propio yo y Dios. Son *cuatro llamadas* en cuya respuesta se va realizando o malogrando como hombre. La persona responde porque es llamada. En el ser personal lo primero es la llamada, después, la respuesta.

El mundo le llama reclamando cuidado y perfeccionamiento; el otro le llama reclamándole respeto y amor: reconocimiento de la igual dignidad. Ámame, no me mates, ayúdame a vivir; el ser propio se descubre como llamada a la plenificación por el amor. Es una llamada a la autenticidad y a la sinceridad; Dios llama, desde el hombre que somos, desde los otros hombres y desde el Universo entero a la gratuidad. A una profunda comunión entre los hombres y a la colaboración en el dinamismo de amor que es la creación. Al descubrimiento de la humildad y de la grandeza de las obras del hombre.

En todo este dinamismo personal, se reconoce el hombre como *un ser digno*. No mediatizable. Un individuo llamado a la libertad y a la comunión. Descubre que su exigencia moral está inserta en su estructura como una llamada a la plenitud del hombre. Así pues, descubre la vocación de ser hombre, y la vo-

cación de serlo como sólo él puede ser. La moral, por tanto, se descubre como una llamada a todo hombre a ser su más propio ser y a ser feliz humanamente en esa tarea. Y todo esto, por ser hombre y para ser hombre. Al ser el hombre un ser abocado a su propia realización –felicidad/moral– su vida aparece en búsqueda constitutiva de su propia *identidad*. Pero experimenta que un ser que se hace en el amor es cada vez más él mismo, cuando el otro es más él, cuando le reconozco como otra persona. El amor une, sin confundir. El reconocimiento de sí mismo culmina en el reconocimiento de que somos porque somos queridos.

En la vida hay momentos cuya realidad no podría entenderse sin admitir que ser humanamente es, a veces, además de existir en el tiempo, experimentar fugazmente la eternidad.

Así pues, el hombre es un trabajador creyente. Es un ser de acción, pero, sobre todo, es un ser de la palabra y del sentido. Es un ser que para poder hacerse necesita, como condición previa, creer. Su actividad tiene que estar orientada por su autonomía moral. Y esta autonomía moral la descubre como heteronomía de amor. Desde la humildad de su condición humana el hombre es capaz de descubrir su asombrosa grandeza. Su *autonomía teónoma*. Su verdadera autonomía se desarrolla en una atmósfera de fe (en sí mismo en primer lugar, en los otros y en Dios), de esperanza y de amor. Y en búsqueda intersubjetiva y constante de la verdad que descubre en Dios y que por no ser una cosa, sino un ser personal, no puede manipular. La verdad es la que fecunda el amor, las obras de los hombres, haciendo que el hombre no se vuelva un poseedor de la verdad y, por tanto, un dogmático, sino que se deje poseer por ella, y se haga verdadero. Una obra del amor. Un relato de Dios. Un *dios finito*, porque todo en la vida es divino cuando es profundamente humano. El hombre no tiene que salirse de su ser auténtico ni de su fidelidad a la tierra para creer en Dios. Más bien, es condición de una creencia no pervertida dedicar su vida a la felicidad de los hombres y a perfeccionar el mundo.

ACONTECIMIENTO

Dios crea creadores. Dios hace que los hombres hagan en la libertad del amor. Por eso, todo en la vida es obra de Dios y obra del hombre cuando éste actúa por amor. Por eso la humanización consiste en dejarse hacer por el amor. Crear una fraternidad. El corazón del hombre y la Biblia dicen la misma cosa, decía Rosenzweig.

Este dinamismo creador afirma tres cosas: la dignidad indestructible del hombre; la humildad y la grandeza de nuestras opciones; la creación, desde la existencia del hombre es acción de Dios y acción del hombre.

Amor de Dios y responsabilidad del hombre.

El hombre es un ser moral no por ser creyente en Dios o ateo, sino por ser hombre. Por la condición humana que incorpora en su estructura y a la que descubre como tarea, quehacer de sí mismo por sí mismo y porque al mismo tiempo descubre que hay una forma auténtica y cabal de hacerse y otras que no lo son. Todo hombre que quiera ser honesto y llegar a su ser auténtico tiene las mismas exigencias. La razón moral religiosa, la más profundamente humana, ha caído en la cuenta de que cuando el hombre se comporta como un hermano para el hombre actúa como Dios quiere. Dios, en la historia, no tiene más fuerza que la respuesta acogedora y entregada del hombre. Su acción en la historia está condicionada por la respuesta del hombre. Realmente, el mundo está en nuestras manos. Somos co-creadores. Participamos en la Historia de la salvación.

4. Necesidad de una educación en la ética de la gratuidad. Otra cultura

El problema es que el hombre no puede incorporar a su vida lo que no conoce. Nos enseñan los clásicos que las virtudes que hacen al hombre un hombre bueno se hallan en mutua dependencia. La vida moral es un todo orgánico en el que las partes no sobreviven aisladas. También nos enseñan que esas virtudes se adquieren por habituación y que este aprendizaje está favorecido por modelos. Se aprende a ser moral, como se aprende a ser persona. Si esto es así, se ve

clara la necesidad de una educación moral. Ahora bien, la educación no es imponer, sino despertar. La persona crece de dentro a fuera. Es menester, por tanto, un ambiente que favorezca el despertar personal.

A nuestra forma de ser libres pertenece, como necesidad, la historia, un medio socio-cultural. El hombre, decía Zubiri, es un ser que para poder ser real, es primero ideal. La sociedad moderna nos ha hecho pobres en experiencia. La tecnificación, la diversión, la burocracia, el prometeísmo, la sospecha, el acomodo, han alejado de la experiencia humana lo más hondo del hombre. Muchos no creen en el hombre como persona, ni en el Dios personal, por incapacidad cultural. Esta incapacidad cultural, en muchas ocasiones, es buscada. Un dinamismo de amor y de libertad como el que inaugura cada persona no es manipulable. A los poderosos de este mundo no les interesa un mundo de personas, sino de peles consumidores y satisfechos.

Nos hemos acostumbrado a vivir con un hombre pequeño y deforme, a la altura de la razón económica. Sin embargo, el hombre entero es inteligencia sentiente, afectiva, creadora, moral, creyente, amante, esperante. En la educación ética no debemos rebajar la idea del hombre. La experiencia religiosa también es una experiencia de hombres y, por tanto, racional. Hoy, como siempre, el progreso consiste en el desarrollo personal de todo el hombre y de todos los hombres. El hombre es capaz de caer en la cuenta de que la experiencia ética más honda es la de la gratuidad. La única que puede lograr que el hombre no se hunda en la desesperanza y en la culpabilidad y se transforme en un creador incansable, apasionado y amoroso. La única capaz de hacer rozar al hombre la eternidad en la historia y de hacerle humanamente feliz.

Resuenan aquí las experiencias hondas de algunos hombres: «el mejor amigo es el que da la vida por los amigos»; «un hombre no alcanza la madurez hasta que no tiene fidelidades que valen más que la vida». Esta es la experiencia cumbre.

No debemos bajar el horizonte:...«Arriesgamos más al disminuir la ambición que al

ACONTECIMIENTO

abrazarla un tanto por encima de nuestro alcance. Nuestro fin a largo plazo sigue siendo volver a hacer el Renacimiento», decía Mounier.

Necesitamos una educación ética sin rebajas, y una nueva cultura, una nueva manera de situarnos, teniendo en cuenta que «en nuestra realidad actual sólo dos diálogos son posibles: el diálogo Norte/Sur y el diálogo Hombre/Dios. El primero nos irá descubriendo el abismo de injusticia que nos deshumaniza a todos y el camino que debemos andar para humanizarnos. El segundo diálogo nos descubrirá el fundamento personal del sentido y de la plenitud del hombre» (Carlos Díaz, *RDRP*, 67).

5. El trabajo del hombre

El hombre es una estructura dinámica, activa. No sólo actúa el hombre en el mundo, sino que él mismo es mundo. La corporeidad es su posibilidad y su pesantez. Pensar es ya hacer. Pero el pensar tiene necesidad de manifestarse en obras para no quedarse en mero ideal. El hombre sólo se afirma por las obras. La acción es la prueba de la libertad y del valor. La acción es todo el hombre, porque utiliza, pone a prueba y unifica todo su ser. Sus actos son verdaderamente humanos cuando son la realización de un proyecto. Ser hombre es manifestarse en obras que decide hacer. Ser hombre cabal, una persona, es manifestarse en obras de amor. Co-laborar para crear una verdadera amistad entre los hombres.

Según la antropología descrita, el trabajo del hombre tiene cuatro dimensiones fundamentales:

a) *Dinamismo cultural*. Sobre la estructura recibida va creando una estructura cultural que constituye su más auténtico ser. Una segunda naturaleza.

b) *Dimensión personal*. El hombre siempre es un trabajador. Su esfuerzo siempre revierte sobre sí mismo en primer lugar. Es siempre auto-realización. La vida del hombre se va unificando en torno a su vocación: la de ser

hombre y la de serlo de una determinada manera. Un trabajo verdaderamente personal sería aquel que uniera: esfuerzo, libertad, creatividad, belleza, ritmo vital, respeto a la naturaleza, perfeccionamiento del hombre y del mundo. Una moral de la persona es aquella que hace que el hombre se mueva por amor.

c) *Dimensión social*. Por ser el hombre un individuo, constitutivamente social, el trabajo del hombre siempre es colaboración, o debería serlo. Es, por lo mismo, un derecho no sólo individual, sino social. Es claro que el paro constituye una excomunión. Si el quehacer del hombre es buscar su plenitud personal, hemos visto que ésta no es posible sin poner su vida al servicio de que los demás puedan ser plenamente personas, en un mundo cuidado.

d) *Transformación y perfeccionamiento del mundo*. Humanización de la naturaleza. El hombre en todo lo que hace humaniza. Ahora bien, su actividad, pervertida, puede destruir el entorno. No cuidar el mundo deshumaniza al hombre porque no actúa según lo que le plenifica. No hay ética sin ecología y sin un buen urbanismo. Sólo es progreso lo que plenifica al hombre como hombre, lo que lo humaniza. Tampoco hay progreso destrozando la naturaleza.

Un trabajo humano pleno sería, en definitiva, todo obra de Dios y todo obra del hombre, la realización del misterio profundo de la comunión.

6. Conclusión. Ética del trabajo hoy

El hombre trabaja siempre. Siempre se está haciendo persona de un determinado modo en todo lo que hace. Su vida siempre es un esfuerzo creativo, y debería ser gozoso. No es así. Con frecuencia, llevados por el afán de poder y de riqueza, abandonados en la pereza o en el miedo, bajamos el horizonte humano a ras del suelo y olvidamos lo que tan bien supo expresar nuestro Quevedo:

ACONTECIMIENTO

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Somos polvo, pero enamorado, eterno. «Sólo una escatología, vivir la historia como historia de salvación, puede salvar integralmente todos los momentos del tiempo y conferir a cada uno su plenitud. Sólo la resurrección de todo lo vivo puede dar sentido al proceso histórico del mundo, un sentido que tiene una medida común con el destino de la persona» (Lacroix, *MEP*, 82-83)

En las circunstancias actuales, terriblemente duras para la mayoría de los hombres, y más que nunca, debido a la insensatez y estupidez de los mismos hombres, es menester recuperar el sentido ético de la vida.

Debemos tener siempre presente que, en cualquiera de sus formas, el trabajo humano es vida de una persona. El pecado humano es poner al hombre por debajo de su dignidad. Es dominación de una persona por otra. No se deja de ser hombre en ninguna circunstancia de la vida.

Sabemos bien que no es posible un paraíso en la tierra, pero también sabemos que es posible organizar mucho mejor una convivencia y una economía que a la manera en que lo están haciendo las multinacionales. Estamos persuadidos de que el hombre es capaz de otra cultura. La cultura del don. Para respetar mínimamente la dignidad de hombre son irrenunciables algunas condiciones: a) respeto absoluto a la vida humana desde que se produce; b) creación de unas condiciones en que pueda desarrollarse de acuerdo con su dignidad; c) educación en la pacificación, en el trabajo bien hecho, en el servicio, en el respeto a la diferencia, en el diálogo (que sólo puede existir entre iguales en dignidad, pero que es asimétrico, no lo olvidemos; debe servir más, quien más puede); d) promoción de la vocación de cada cual, de su manera peculiar de ser persona; e) no exclusión de nadie. Organizar la convivencia de tal manera que cada uno cola-

bore con arreglo a sus capacidades, se sienta útil. Organizar la convivencia de manera que cada cual reciba lo necesario para una vida a la altura de la dignidad humana, según las posibilidades de que dispone la humanidad; f) organizar las relaciones internacionales con arreglo a una cultura de la amistad y del don, que no excluyen la eficacia y el crecimiento. Colaborar apasionada, eficaz y respetuosamente a sacar de la miseria y de la esclavitud en que viven a todos los seres humanos; g) desarrollar una *cultura de la pobreza: nihil habentes, omnia possidentes*. para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada. No se trata de buscar la miseria, sino la plenitud humana, y ésta no es posible mientras existan hombres por debajo de sus condiciones de seres humanos y podamos evitarlo. La cultura de la pobreza exige: creer en el hombre; sentir dolor en el pecho ante la miseria de otro hombre; optar por entregar la vida propia para que todos los hombres tengan la suya. La cultura de la pobreza luminosa es hoy la condición de una humanización verdadera. Compartir la pobreza es el único medio para luchar lúcida e incansablemente, desde abajo, para salir de las condiciones de pobreza. La pobreza luminosa es la mejor manera de prevenir un inacabable diálogo mientras los pobres se mueren.

La tarea pendiente e inacabable es construir *democracias fraternas*, esas que se organizan como las buenas familias:

En ellas las necesidades elementales están cubiertas para todos. Hay conflictos, cercanía, tiempo, juego y cariños; se transmite en ellas un saber vivir, humilde y autónomo; se educa personalmente y se despierta a la persona que cada cual es; se pone al más débil en el lugar privilegiado, se le aupa a hombros del que más puede, En una buena familia, el poderoso sabe unir poder y servicio.

El acceso a la vida humana y a la ciudadanía plena no debe estar condicionado a tener un buen empleo.

Se ve desde esta perspectiva cuánto queda por hacer. Lo interminable de la tarea y la dificultad de su construcción. También se ve

ACONTECIMIENTO

el disparate, el despiste, la ignorancia o la mala fe de los poderosos que organizan el mundo a su servicio en una economía de guerra y de los gobiernos que se doblegan a estos intereses destructores de lo humano. La capacidad tecnológica: productiva, distributiva y de información, que está teniendo efectos desastrosos al servicio de una orientación antihumana de la economía y de la política, podría constituir la mayor posibilidad de humanización que ha tenido en su mano el hombre en el curso de su historia. Para que esto sea posible hemos de ser capaces de ir despertando hombres que, creyendo apasionadamente en el hombre y en su destino fraterno, en una permanente conversión, sean capaces de entregar su vida a la revolución necesaria. La acción ética no exige menos de cada cual. Exigimos de la acción, decía Mounier, que nos cree, que transforme y mejore la realidad exterior, que enriquezca nuestro universo de valores, que nos ayude a crear una amistad entre los hombres. Los grandes cambios y enormes posibilidades de las que los hombres somos hoy capaces nos exigen una nueva cultura humana. Una nueva manera de enfrentarnos a la realidad. Una cultura de la pacificación, del don y del perdón, de la colaboración y del trabajo bien hecho, una cultura de la fraternidad. Nuestro punto de vista sobre el trabajo y el paro rechaza el régimen de propiedad actual y el individualismo. El mundo del empleo no podrá salir por sí mismo de la trampa mortal en la que le han metido la mundialización de los mercados al servicio de los inconfesables intereses de los poderosos de la Tierra. Sólo políticas económicas de orientación verdaderamente humana y sociedades for-

madas por hombres convertidos, que retomen el poder popular como servicio y hagan la revolución necesaria contra este mercado de hombres y de cosas, tienen alguna posibilidad frente a este desorden.

El punto de vista ético sobre el trabajo y el paro nos lleva a la siguiente conclusión: estamos en un mundo desordenado, con una orientación de guerra que impide la creación de un mundo a la altura de la dignidad del hombre. Transformar la economía y las políticas que la sustentan es condición ineludible para que el hombre pueda continuar el camino de personalización, de humanización, que con tremendos claroscuros va realizando la humanidad en el curso de su historia. El hombre es un *deinóteron*, un ser maravilloso y terrible. Es capaz de destruir y deshumanizarse, llevado por su orgullo y su poder. Es capaz de crear y humanizarse si se deja habitar por el amor, la verdad, la fe y la esperanza. La ética es llamada incondicional a cada hombre para que descubra su dignidad y viva de acuerdo con ella, es llamada a la plenitud humana desde la peculiaridad de cada cual. Por ser el hombre un ser constitutivamente social, las respuestas que tienen repercusiones públicas se deben buscar en colaboración y en diálogo. Por ser el hombre un ser constitutivamente histórico, su respuesta ética tiene que contar con la tradición y con el futuro. Debe crear condiciones de mayor humanización y entregarlas generosamente. Pero, en definitiva, la respuesta ética es personal y asimétrica, no debe esperar a la respuesta del otro, sino estar a la altura de la llamada que recibimos. Por eso, muchas veces, el hombre se encuentra en la soledad del corredor de fondo, y su verdadera talla la da el testimonio.